

LA SAETA

SEMENARIO ILUSTRADO

Año IX

Barcelòna 25 de Agosto de 1898

Núm. 405



— ¿Sabes que dice el marqués
mil perrerías de ti?

— Es que perdí en un entrés
mucho dinero, y después
me lo pidió y no le di.



De San Sebastián

El gran día

Agosto, 1898

Las doce de la mañana; acaba de llegar el último tren procedente de Francia cargado de viajeros.

El *boulevard* se halla muy concurrido; la música municipal, en el kiosco del centro, lanza al aire las brillantes notas de un vals de Straus, y los gritos y pregones de los vendedores se unen á los acordes de la música, formando un ruido ensordecedor. En el trayecto que media desde la esquina del Casino al despacho de Arana, la gente se arremolina, estruja y pisa. *Nuestros vecinos* los franceses, en *toilettes* inverosímiles, lucen sus pantorrillas (pues el traje de ciclista es obligado), mientras las francesas, recogiendo coquetamente sus vestidos, lucen los piecitos y *algo más, algo* que hace perder el sentido á los jóvenes más ó menos *donostiarras*.

Las sillas del paseo se hallan ocupadas por señoritas cursis, que asisten al desfile y del que se harán lenguas cuando regresen á sus *tranquilos hogares* de Valladolid, Logroño y demás provincias de invierno; la aristocracia forma apretado corrillo á la puerta de Reimes, y el *Guerra* pasa luciendo sus formas, con el apretado pantalón y la chaquetilla corta.

¡El *Guerra*! ¡El héroe del día en San Sebastián! Su nombre es pronunciado millares de veces; sus retratos vendidos casi á subasta, y sus frases (si las tiene) repetidas por infinidad de labios: se comenta su ingenio, porque ha dado su opinión sobre el calor y porque ha asegurado que San Sebastián es *mú* bonito y *mú* grande, contando con el mar.

El grupo de los políticos, convenientemente aislado, da su opinión sobre los sucesos de actualidad, repitiendo infinidad de veces aquello de «ya se lo dije á Sagasta», «he predicho lo que iba á ocurrir»; demostrando que, de haber hecho caso el jefe del gobierno á alguno de aquellos señores, estaríamos en el mejor de los mundos.

Las conversaciones se animan, todo el mundo habla, grita como loco: se oye un disparo, fuerte, fortísimo, aunque afortunadamente no es el cañón del castillo, ni es la guerra quien lo ha motivado; es un *chupinazo* disparado por Arana, y el *Guerra* el promovedor: reclamo á la corrida de la tarde, anuncio llevado á la exageración.

Un tropel de vendedores invade en aquel momento el *boulevard*: traen los periódicos de Madrid, recién llegados en el expreso; todo el mundo los compra, y por un instante el paseo ofrece animadísimo aspecto.

Pronto los periódicos se apartan á un lado, las conversaciones cesan y todas las miradas se dirigen á un solo punto: por allá, por la Concha y por la esquina del Casino aparece una figura.

La que despierta tanta curiosidad se acerca poco á poco y con andar lento y majestuoso: es *ella*, la *cocotte*, de la que se habla hace dos días; vino de Biarritz, y antes sabe Dios donde estaría.

Su airoso tipo de morena, su busto fuertemente encajado en amplias caderas, su brillantísima *toilette* y su elegancia, la hicieron célebre en pocos días.

Las mujeres honradas la miran de reojo y sienten que tan bonitos trajes y deslumbrantes alhajas estén *tan mal empleadas*.

Los hombres serios también la miran con cierto desdén ostensible; pero... allá, en el fondo, sienten tristeza y por un momento reniegan del matrimonio, mientras que los jóvenes piensan en un mundo de placeres y locuras.

Ella pasa, recogida la falda, luciendo precioso zapato blanco y vistosa media recamada de lentejuelas; á su lado va el que oficialmente pasa por dueño y señor; es un muchachote rubio, muy rubio, con grandes bigotes á la *borgoñona*; indiferente, mirando á todo el mundo; casi extrañado de aquella adoración de que es objeto la mujer que á su lado lleva.

El, por su parte, ¿quién sabe? tal vez la desprecia; en la intimidad ha reconocido que no merece ni el culto de que es objeto, ni el interés que despierta; ha encontrado en el fondo de su alma un lodazal que no pueden encubrir ni las sedas ni las joyas.

Ya han desaparecido hacia la Zurriola; las conversaciones se reanudan, el continuo ir ó venir de la gente sigue su curso, y nuevamente vuelven á llamar la atención otras mujeres, si no tan lujosas como la anterior, no menos pecadoras.

Los vendedores de abanicos ofrecen su mercancía á los franceses: «el évantail, musiu», convenciéndoles de que el mejor recuerdo de España es un abanico de toros.

El tiempo pasa, la gente empieza á retirarse, ha llegado la hora de comer. Dos horas de descanso. Pronto volverán á reunirse los mismos personajes, tomarán el café en *La Marina* y se irán á los toros; después se dispersarán, se separará aquella multitud á la que el placer ha reunido durante algunas horas. A las siete partirá el tren de los franceses, apareciendo por sus ventanillas las lindas cabecitas de las *touristes*, reflejándose en sus ojos la alegría y llevando en el corazón el recuerdo del *Guerra*, que en una sola tarde ha despertado los dormidos sentimientos de gran número de mundanas.

San Sebastián recobra la calma, vuelve á su tranquilidad y á arrastrar su vida de playa. Se acabó. Pasó su día más grande.

MIGUEL ARDAM.



San Sebastián. — La Concha.

Para el pequeño

Sentía miedo. Un temor inexplicable; un presentimiento algo terrible oprimía su pecho.

Escuchaba, sin osar separarse de la abierta ventana iluminada por la vaga claridad de la noche, claridad llena de las fantásticas sombras proyectadas por los pardos nubarrones que iban á perderse en las lejanías del horizonte.

En las tinieblas de aquella habitación en que creía hallarse perdida, presa de continuos estremecimientos, permanecía insensible á las frescas emanaciones de la tierra y de las plantas, humedecidas por una abundante lluvia de tormenta.

En aquella angustiosa situación recordaba la voz seca y el gesto de anatema con que al anunció de un probable embarazo él la había respondido: «no nos faltaba más que eso.» Y luego, al llegar la hora de partir para ganar el mezquino alimento del día, por primera vez desde su matrimonio, se había marchado sin darle el beso de despedida.

La noche avanzaba, y en aquella habitación sin luz, en aquel silencio sólo interrumpido por el monótono tic, tac, con que un antiguo reloj marcaba el paso del tiempo, como si arrojase uno á uno los minutos con su exactitud acostumbrada, la pobre joven se sentía presa de un terror supremo.

El, de ordinario tan puntual; él, que rechazaba siempre todo trabajo extraordinario que le impidiera consagrar las veladas á su mujercita..., no volvía aquella noche. En tan terribles momentos complacíase en recordar la época de su matrimonio.

Hacía un año. Una noche de otoño, la casualidad los había reunido en uno de esos coches del pueblo, en un viejo ómnibus, macizo y pesado armatoste que saltaba sin cesar sobre el empedrado de los barrios extremos que atravesaba.

Aquella noche llovía torrencialmente, y el agua que escurría por los cristales de las cerradas ventanillas del carruaje mojaba las espaldas de los viajeros á cada brusco movimiento de la pesada caja.

En el interior del carruaje la atmósfera estaba tan enrarecida que se hacía imposible respirar.

Entonces él, Alberto Langlois, había abierto una de las ventanillas, y dirigiéndose á su vecina de la derecha, habíale preguntado: «Señorita, ¿le molesta á usted el aire?» A lo que ella se apresuró á contestar: «Nó, señor.»

Los demás viajeros protestaron al sentir la bocanada de aire frío que penetró por la ventanilla; pero ellos no hicieron caso de semejantes protestas, y entablaron conversación, resultando que en todos los asuntos que hablaron eran de la misma opinión.

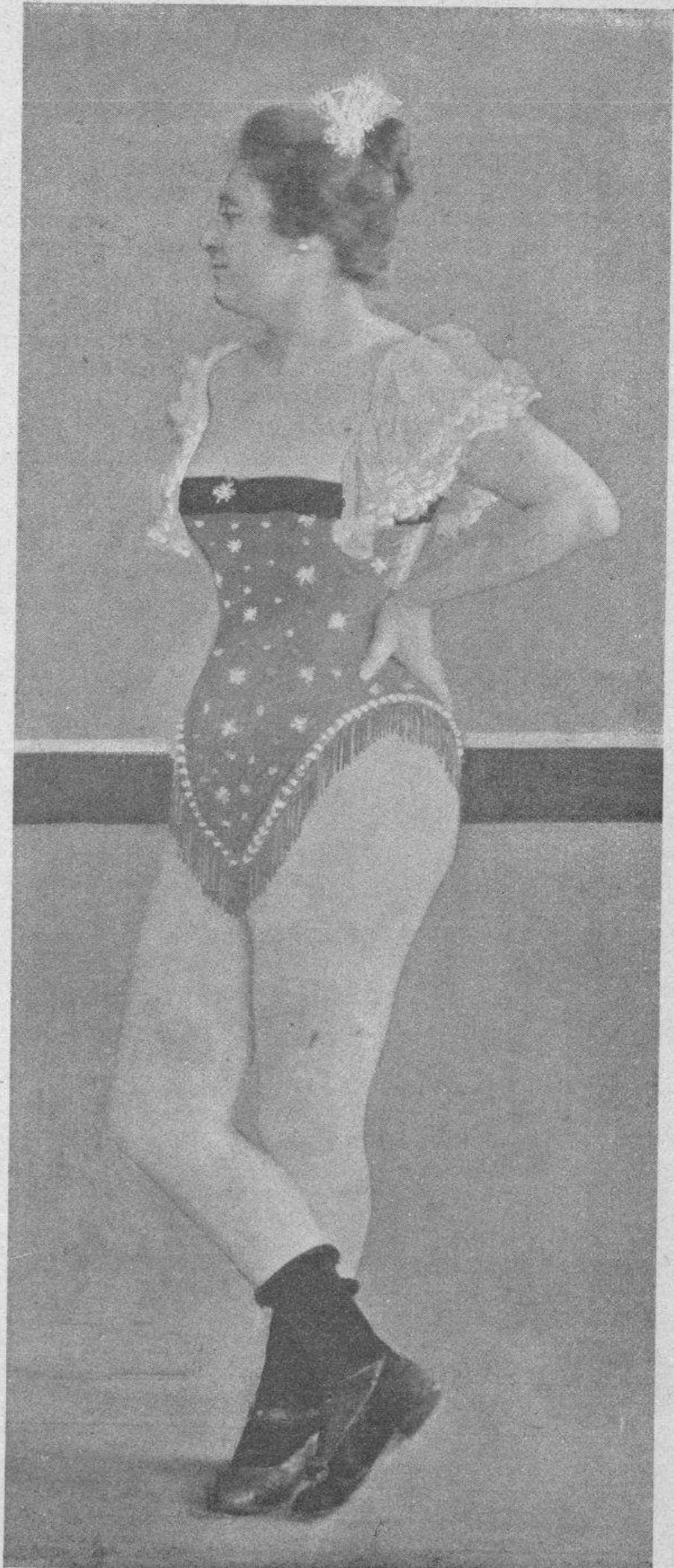
De este encuentro Alberto había conservado una dulce impresión, que poco á poco fué convirtiéndose en amor por la joven del ómnibus.

Volvieron á verse, y el matrimonio no tardó en ser cosa acordada entre ellos.

El trabajaba en casa de un agente de negocios, copiando escrituras y otros documentos, y si bien no estaba retribuido con largueza, como era arreglado y económico, había reunido algunos ahorros. Ella esperaba obtener una plaza de maestra de instrucción primaria.

Durante los tres primeros meses su dicha fué completa; pero cuando se agotaron sus economías, cuando se vieron reducidos á los únicos recursos que les proporcionaba su trabajo, empezaron á encontrar dura la existencia y él á renegar casi de su casamiento.

Ella era más dócil é indulgente cuanto más se agriaba el amor de su marido. Pero jamás había visto á éste tan fríamente colérico como aquella mañana en que le había anunciado el posible nacimiento de un hijo. Porque, á juicio de Alberto, el



En la pista.

nacimiento de un hijo en aquellas circunstancias significaba una enfermedad, mayores gastos, y como resultado, la miseria.

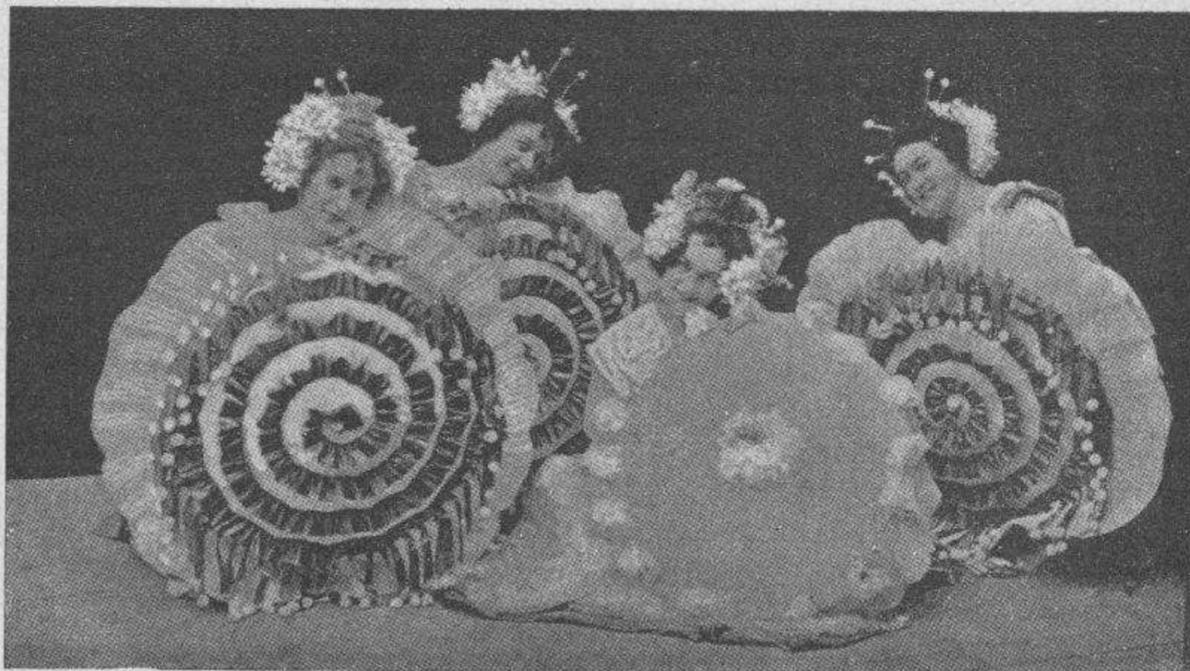
La infeliz agonizaba de miedo, escuchando hasta el menor ruido de la calle, el crujido de los muebles, los pasos de los escasos transeuntes.

En el reloj de la alcaldía inmediata dieron las ocho, interrumpiendo el fúnebre silencio de aquella noche.

Presa de una crisis nerviosa, rompió á llorar con acongojados sollozos, sintiéndose abandonada, sola, sin atreverse á mover ni á pensar y sintiendo el espanto de un vacío sin nombre, infinito, en el que se hallaba perdida, perdida, sin esperanza.

Unos pasos rápidos se dejaron oír á lo lejos de la calle, y poco después el girar de una llave en la cerradura. Era él... él que decía: «Elvira, ¿estás ahí?» Ella, tímidamente y sintiéndose feliz, dió algunos pasos diciendo: «¿Cómo vienes tan tarde?» A lo que le respondió: «Había un trabajo extraordinario y me he quedado á hacerlo... para el pequeño.»

HENRI DESMAREST



¡Caracoles

¿Fanciulla, che cosa è Dio?

¿Fanciulla, che cosa è Satana?

(DE ALEARDO ALEARDI)

Cuando en noche clarísima
el éter azulado se dilata,
y en el cielo el temblor brillante empieza
de puntos de oro, de átomos de plata,
pregunto contemplándolo:
—¿Qué es Dios, qué es Dios? Decidme luces, bellas.
Y en el instante mismo,
—*El Orden*, me responden las estrellas.

Cuando en Abril el valle,
el llano, la montaña y la floresta,
vestidos de verdor y florecientes
de la natura gozan en la fiesta;
pregunto contemplándolos:
—¿Qué es Dios, qué es Dios? Decid, bellos colores.
Y en el instante mismo,
—*La Belleza*, respóndenme las flores.

Cuando miro tus ojos,
y en ellos cariñosa centellea
esa chispa brillante que promete
cuanto el amante corazón desea,
pregunto contemplándola:
—¿Qué es Dios? Dí, mensajera idolatrada
del corazón; y en el instante mismo,
—*El Amor*, me contesta tu mirada.

Satanás es un sueño que naciera
de los remordimientos del culpable;
Satanás es Caín,
que huye por el desierto como fiera,
por el rayo divino perseguido
sin tregua hasta la hora de morir.

Satán es sueño: es Atila que pasa,
cráneos chafando con salvaje tropa,
inhumana cual él;
que cuanto encuentra ante su paso, arrasa,
y no brota la hierba donde asienta
los cascos de su tártaro corcel.

Satán es mito; es Macbet inquieto,
que al confiado huésped roba el trono
con infame traición.
En la conciencia vive; es el secreto
terror que nos inspiran esas culpas
que no tienen perdón.

El día que el mortal, harto de guerra,
de odio y rencor, con sus hermanos viva
en sacrosanta paz,
oír una voz que gritará en los mares,
y en toda la extensión de la ancha tierra:
«¡Ha muerto Satanás!»

JACINTO LABAILA

Diario de una casada

(Continuación.)

Noviembre, 2. — ¡Día de difuntos! Día triste, cuya melancolía sentí siempre penetrar en mi alma, pero que esta vez me agobia con mayor intensidad, como si el corazón llevase el luto de todas mis ilusiones muertas.

Hace ya doce días que mi marido está ausente. Al siguiente de la escena que tuvimos recibió un telegrama de Madrid anunciándole que la vista de cierto pleito pendiente ante el Tribunal Supremo estaba fijado para el día 20 de Octubre. Adoptando una actitud entre indiferente y amable, como olvidando lo que pocas horas antes había pasado entre nosotros, me propuso que le acompañase en su viaje á la Corte, viaje que habíamos convenido ya meses antes, cuando las primeras semanas después de nuestra boda, en plena luna de miel.

— Prefiero quedarme — contesté con glacial indiferencia, procurando reprimir el resentimiento que hervía en mi pecho.

Vaciló unos momentos y concluyó por contestarme:

— Bueno, como tú quieras; pero conste que eres tú la que rehusas lo pactado.

Le volví las espaldas sin contestar.

Por la noche, intentó una reconciliación... inútil.

— ¿Pero puede saberse — me preguntó con forzada sonrisa — qué mosca te ha picado?... A fe mía que no entiendo lo que te pasa...

— Creo que lo entiendes perfectamente: mi conducta ha sido siempre y es muy clara: no tengo nada absolutamente que ocultar ni que disimular: ¿jurarías tú otro tanto?

Se puso rojo como la grana, pero fué sólo por un momento: luego con voz muy entera, repuso:

— Pues qué duda tiene que lo juraría... Vamos á ver: ¿qué es lo que puedes echarme en cara?

La contestación era difícil; la verdad es

que concretamente nada puedo reprochar á mi esposo; pero su proceder extraño, la *agarrada* que tuvimos, su actitud ¿no justifican acaso mis sospechas por más que éstas sean vagas é indecisas?

Además... — ¿fué tan sólo simple aprensión mía? — creí ver en la mirada de Pepe al tiempo que con acento firme y seguro me preguntaba que cosa podía echarle en cara, una expresión dudosa; un algo indefinible que en vez de corroborar desmentía lo que su boca afirmaba.

Se marchó aquella misma noche y según

me dice una carta suya que acabo de recibir, mañana regresa en el expés. Y desde que tengo la carta en las manos estoy meditando acerca de la actitud que me conviene adoptar, cuando le tenga delante.

Noviembre, 3.

— Cuando me disponía á vestirme para ir á la estación, un telegrama me evita la molestia de hacer un viaje inútil. Una diligencia judicial imprevista obliga á mi señor y dueño á retardar su regreso 48 horas más. Y no habría visto en eso nada de extraordinario á no recibir esta tarde la visita de mi prima Juanita.

Su amarillento semblante disimu-

laba mal una expresión gozosa que se esforzaba en ocultar. Esa mala pécora, he pensado, viene aquí con perversas intenciones; alguna perfidia se trae entre ceja y ceja.

No me engañaba. A los dos minutos de estar sentada y de cambiar algunas vulgaridades, me suelta la siguiente indirecta:

— Dime la verdad, hija mía; ¿no te escama la estancia tan prolongada de tu marido en Madrid?

— ¿Y por qué habría de escamarme?... si sus asuntos profesionales le retienen en Madrid, más de lo que se proponía ¿qué tiene eso de raro? Además, quince días



Luz y sombra.



— ¡Anda, qué lío! He obligado á cantar á la *amiga* del marqués un dúo con la marquesa.

no me parecen un plazo muy prolongado.

—Vaya: mejor que lo tomes así, con calma.

—¿Pues cómo he de tomarlo?... ¿llorando una ausencia de dos semanas?

—Nó; si no es precisamente por la ausencia, pero...

—Pero ¿qué?—he dicho alarmada—¿acaso le ha pasado algo á Pepe?... ¿me traes alguna mala noticia?... ¿está enfermo?...

—Ea, mujer, no te pongas así... Que yo sepa, y eso lo sabrías tú mejor que yo, no le ha ocurrido ningún percance á tu señor esposo.

—Entonces ¿qué quieres decir con tus insinuaciones? — he preguntado muy secamente.

—Pues nada más de lo que he dicho: que tomas con muchísima calma la ausencia de tu esposo.

—Conformes; y ahora ¿puede saberse con qué intención lo dices?

—¿Intención?... ninguna.

—Como no sea la de molestarme ¿verdad, primita?

—Oye, chica, si lo tomas así, te diré solamente que dispenses y me iré sin añadir nada más.

—¡Ah!... ¿con que tenías que añadir algo más?...

Ha permanecido unos momentos silenciosa, con la cabeza baja, meneándola en señal de duda, como quien no sabe qué hacer, hasta que levantándola y mirándome con ojos que querían ser compasivos, ha saltado:

—Oye, Consuelo, ya sabes que nos hemos querido siempre y que en todas ocasiones fui tu mejor amiga. Pero yo creo que la verdadera amistad se funda en la lealtad, y aun cuando sea... ¿cómo te diré?... doloroso y hasta comprometido revelar ciertas cosas, opino que el deber obliga ante todo á no ocultar nada de lo que pasa á las personas que uno quiere.

—¡Jesús!... y ¡cuántos preámbulos!—he replicado esforzándome en aparentar una quietud desdeñosa muy distante de mi ánimo — ¿á qué viene tanto misterio?

—¿Misterio? nó, ninguno; pero... una pregunta, hija: ¿conoces, ó has oído hablar cuando menos de la viuda Foresti?

—En mi vida. ¿Quién es esa señora?

—Es la viuda, ó así lo asegura ella, de un italiano, de un negociante que murió aquí años atrás. Mujer de unos treinta y cinco ó treinta y seis años; más bien fea que guapa, pero de buenas carnes, airosa, con mucho gancho y más conchas que un galápago. Y con mucho partido entre los hombres á lo que parece.

—Bien; y... ¿á santo de qué sacas á colación á esa individua?

—Pues sencillamente, porque ella y tu Pepe eran en otro tiempo, algunos meses antes de tu casamiento, amigos... íntimos, muy íntimos ¿me entiendes?

—De las amistades íntimas que tenía mi marido antes de serlo, no he de preocuparme poco ni mucho — he dicho apelando á toda mi serenidad.

—Corriente; pero de ciertas amistades rotas y que después se reanudan, me parece que sí debes preocuparte.

—¿Qué quieres decir?

La Saeta

—Que según se asegura, tu Pepe vuelve á visitar á esa fulana, de un mes á esta parte; que se les ha visto más de una vez, paseando juntos por las calles más apartadas del Ensanche, y finalmente que esa tía hace quince días que está ausente... en Madrid.

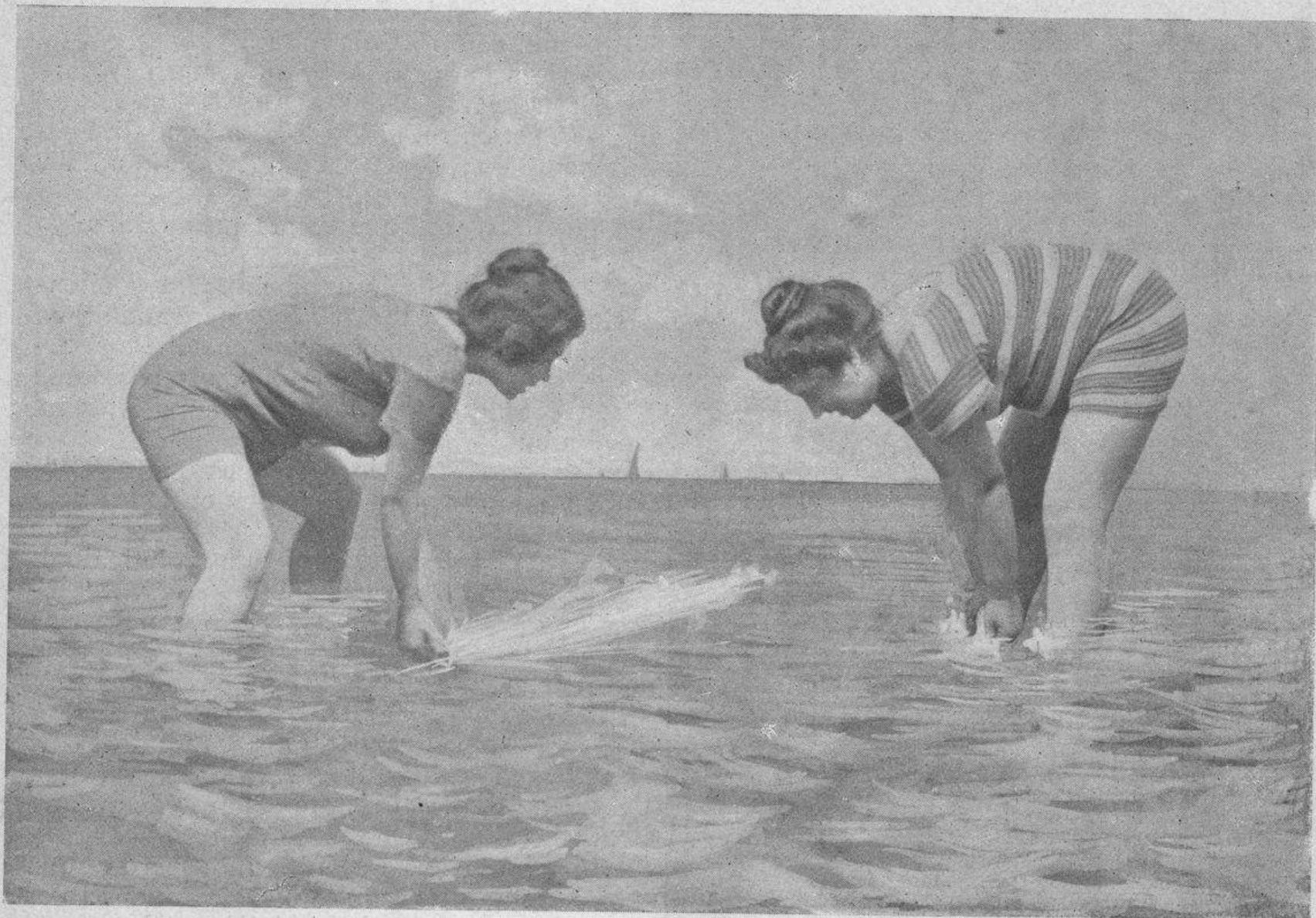
No sé cómo he tenido valor bastante para dominarme, pues el orgullo es una fuerza inmensa y Juanita se ha quedado turulata al oírme replicar con voz despreciativa:

— Bueno; ahora que has cumplido tu deber de pariente y de amiga, enterándome de todas esas verdades, chismes ó lo que sean, dime: ¿asististe anoche al Principal á la representación del Tenorio?

Por la copia,

JUAN BUSCÓN

(Continuará.)



— ¡ Agua vá!

La lección

Amigo mío, quiero que me des una lección: ¿en qué se conoce cuáles son las buenas acciones? — Tuya, X.

Tan difícil es, alma de mi alma, contestar cuerdamente á tu pregunta, como difícil es tocar el cielo con estirar el brazo. Tú ya sabes que hay males en el mundo que no tienen de apariencia de mal nada en concreto; que hay obras que, con visos de divinas, son obras del diablo, y que hay otras que en sí mismas no tienen nada que la atención llamarnos pueda, y son obras de Dios. Yo te aconsejo, si pretendes vivir gozando todo cuanto gozar es dable en este mundo,

que tengas entendido, que la Naturaleza es buena madre, y mimándonos tierna y cariñosa, ella sola es capaz de dirigirnos al camino del bien. No hagas tú caso de esos dómines tiesos que pretenden ser de moral maestros, y terminan por ignorar dó la moral se esconde.

Lo que tú encuentres bien, lo que á tu sana conciencia se presente como bueno, puedes ejecutarlo sin temores; ten por norma en tu vida la conciencia, y riéte de todo cuanto enseñen moralistas hinchados; y te aseguro que, sin otro guía, si el mundo no te tiene por gran santa, serás santa á pesar del necio mundo.

RAFAEL RUIZ LÓPEZ



— ¿Estará muy honda? —

Apéndices á la Historia

VESPASIANO Y SU TIEMPO

En todas partes cuecen habas
y en mi casa á calderadas.

He revuelto todas las bibliotecas habidas y por haber; he hojeado cuantos volúmenes cayeron en mi poder y no encontré nunca dato ni cosa que se le pareciera referente á un hecho acaecido en Roma en tiempos de aquel pobre Vespasiano, alma de Dios que hizo de su pueblo un oasis de ventura. Y es el caso, que del tal suceso tengo noticia cierta, aunque muy bien pudiera ocurrir que no fuese tan cierta como yo imagino. Pero sea como fuere vamos al grano.

Sabréis (y por si no lo digo yo ahora), que, desde Vespasiano empiezan á hacer los profesores de primera enseñanza penitencia, acostándose en ayunas las más de las noches y pasando, como es consiguiente, las primeras *gazuzas*, aunque antes no se llamaban así. Y no pasaron hambre los profesores (maestros pagados por el Estado), en épocas más remotas, por la sencilla razón de que sólo desde Vespasiano existen.

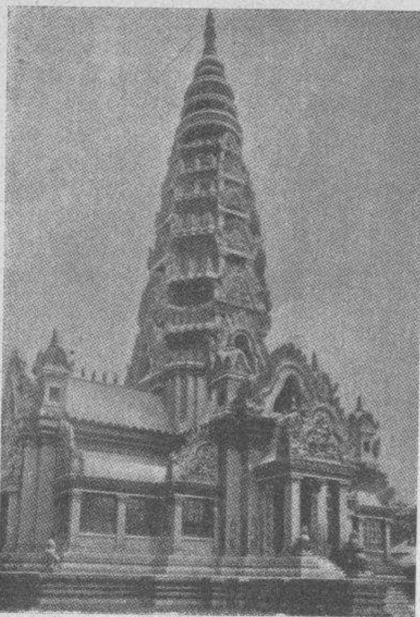
Eran estos pobres maestros, retóricos y poetas latinos y griegos, que trataban de restaurar las formas clásicas de la poesía *vigiliana* llamada así, sin duda, por aquello del

no comer, y tal la dejaron, que lo de las formas quedó reducido á hueso mondo y lirondo. Dióle á Tito la malhadada idea de pagar los cortos haberes de los profesores, en moneda de esa que llaman duros sevillanos y que no quieren tomar en parte alguna, con lo cual pasaban (los maestros, no los duros) las de Caín.

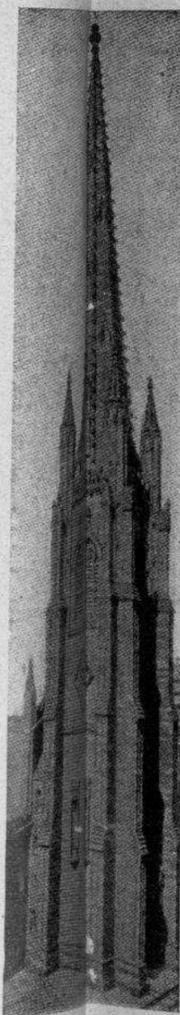
Los que ignoraban el por qué aquellos sabios estaban cada día más delgados, tenían la creencia de que el mucho saber espiritualizaba á los hombres y no cabía en cabeza alguna que hubiera sabio en buenas carnes.

Quintiliano, llamado el docto, no por ser uno de los veterinarios de primera línea, sinó por sus mañas, era uno de los profesores retribuidos por el Estado, en aquella moneda paisana suya, (Quintiliano nació en la Macarena) y á punto estaba de morir de apetito, cuando fué llamado un día por el Emperador.

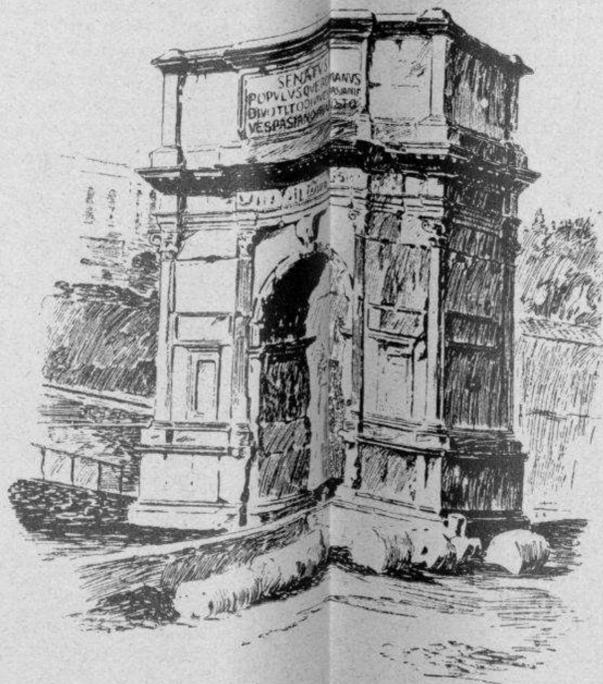
Dirigióse al palacio real con cuanta precipitación le permitieron sus débiles piernas.



Pagoda simbólica en la India.



Torre de la Trinidad, en Nueva York.



Arco de Tito, en Roma.

Recibióle Vespasiano que se paseaba agitadísimo por la estancia, como cualquier personaje del novelista griego Alvaro Lucano Carrillo, con las manos metidas en las faltriqueras del pantalón, leyendo un periódico (la Historia no dice si leían las manos, los bolsillos, el pantalón ó Vespasiano, pero esto no hace al caso).

—¿Este suelto es tuyo?—preguntó el Emperador lleno de ira mostrándole un número de *La Correspondencia de Roma*.

—Sí, señor; lo escribí anoche mientras Mestre Martínez hacía la mala descripción de un viaje en *tren botijo* que no había hecho.

—¿Y te atreves á vituperarme porque pago en moneda sevillana?

—Sí, señor, —dijo Quintiliano con la mayor frescura; — Con esa moneda ni Dios come, porque no pasa.

—Pues, por Lutero que aunque venga Sagasta en tu ayuda te he de mandar conducido por la guardia civil al presidio de Ocaña.

—Gracias, magnífico señor,—exclamó el pobre maestro arrodillándose y besando enternecido la mano á Tito.

El Emperador le miró con extrañeza.

No se figuraba que un hombre pudiera congratularse ante la amenaza del presidio.

Preguntó, pues, al maestro:

—¿Por qué me das las gracias?

—A lo menos en el presidio se come.

Rióse Vespasiano de la ocurrencia del sabio retórico.

—Tranquilízate, no quiero encerrarte.

Quintiliano puso una cara muy fea.

—Quiero—continuó el Emperador,—que eduques en la ciencia á un hijo natural que tengo.

—¿En la ciencia de adelgazar?

—Nó, en la otra.

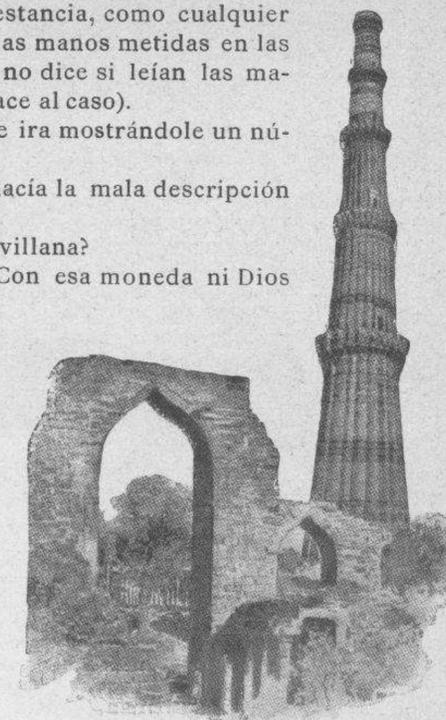
—¿Pagarás bien?

—Todo cuanto quieras. Te advierto que mi hijo tiene la cabeza algo enferma.

—Pues te aseguro como buen veterinario, que crecerá robusto, será tan sabio como Castelar, y tan desvergonzado como Agripina.

Quedaron convencidos después de regatear no poco, porque Quintiliano se negó en absoluto á tomar duros sevillanos y billetes del Banco.

Y... sólo comprando el próximo número sabréis lo que ocurrió.



Minarete del Kutub, en Delhi

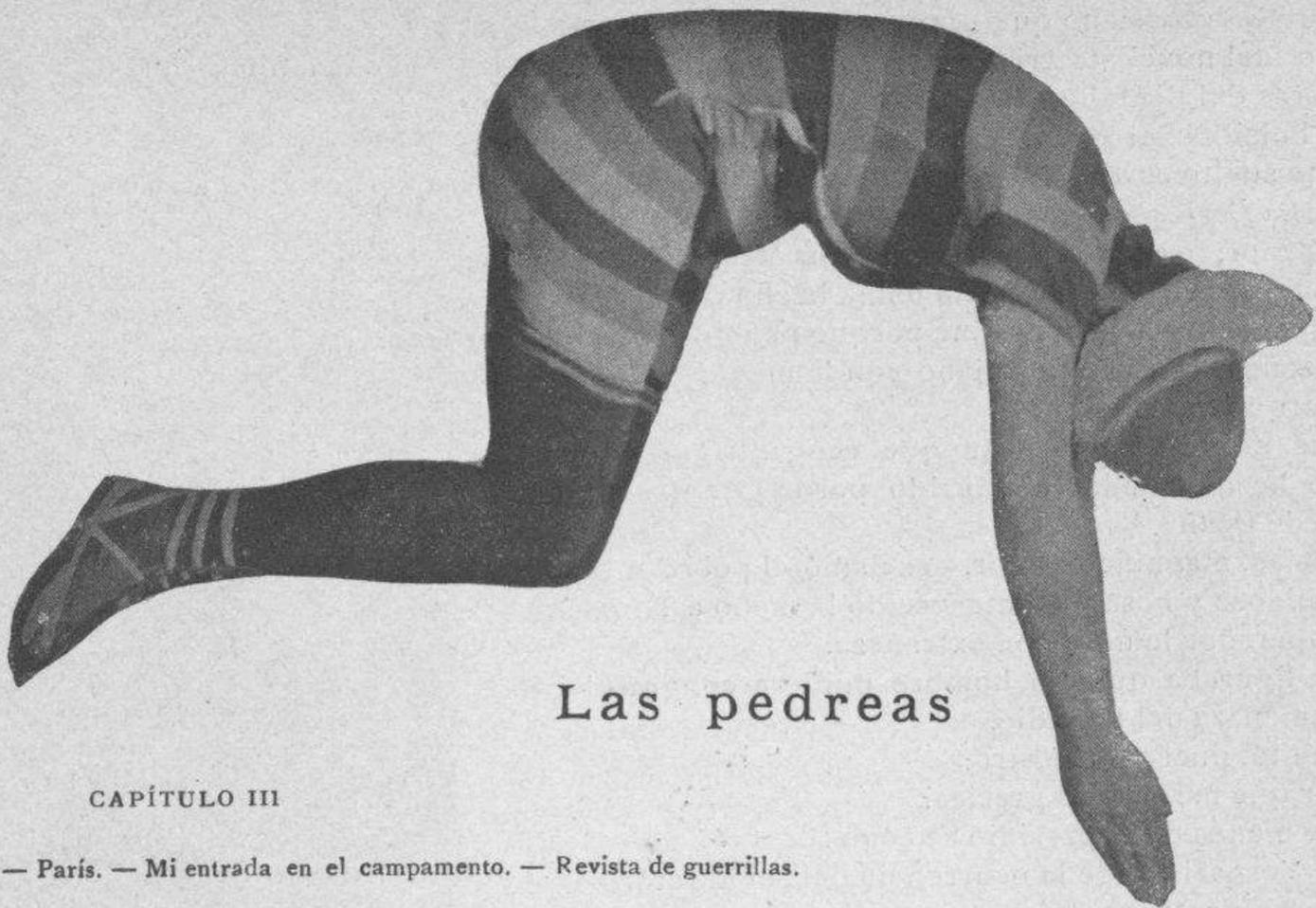
CALPURNIO SICULO



Arco de Washington, en Nueva York.



Arco de la puerta de San Galo, en Florencia.



Las pedreas

CAPÍTULO III

El general. — París. — Mi entrada en el campamento. — Revista de guerrillas.

Confieso que, sin ser curioso, sentía vivas ansias por encararme con aquel ilustre general. Tenía Antonio Soler títulos y méritos sobrados para regir á la gente; por sus picardigüelas, por su desenvoltura y por su ingenio, si no clarísimo, astuto. No había asistido á las clases de Lugo, como nosotros, pero se hablaba mucho de él en la escuela. Y sabíamos: que á los catorce años (contaba á la sazón dieciocho), salió de su casa, camino de París; que en Francia había ejercido varias profesiones é industrias: fué pintor de brocha gorda, tallista (se averiguó más tarde que estaba al servicio de uno de esos bohemios italianos del *sancti barati*) y lacayo, ó cosa por el estilo, de cierta gran señora (que también resultó en sucesivas averiguaciones de la cáscara amarga). Finalmente: que la autoridad paterna le obligó á volver al pueblo, valiéndose del cónsul, para que cumplierse con lo prescrito en la ley de reclutamiento y reemplazo. A los precoces, se nos hacía la boca agua oyendo contar maravillas de aquel carácter aventurero. Haber estado en París, y sin protección, sin ayuda de la familia, parecíanos portentoso; París, según las ilustraciones de Lugo, era «Atenas de la civilización», «ciudad santa de la libertad». El maestro se alocaba contándonos, en sus lecciones de historia, el grande ejemplo que había dado, después de una guerra «torpe y estúpida», á Europa, asombrada. Referíanos, con creciente verbosidad, las virtudes de aquel pueblo que reunía «á los filósofos más grandes, á los más insignes revolucionarios, á los poetas más adorables, á los genios, á los magos de la palabra, á los hombres, en fin, que Dios envía al mundo para que la humanidad no retroceda en su camino». «Hijos míos—agregaba Lugo, cruzándose de brazos y trémulo de emoción—París no es Roma; París ha tenido como Roma sus períodos de refinamiento en la ostentación del lujo y en lo disoluto de las costumbres; pero Roma cayó podrida por la infamia y la impudicia de sus próceres y París lavó las torpezas de sus mandatarios llevando á sus reyes á la guillotina y á sus emperadores al destierro; París ha sido fuerte en sus crisis para levantarse del polvo y cernerse en las alturas». Claro está que Lugo nos hablaba de estas cosas sin pizca de talento crítico, y así confundía lastimosamente el valor pícaro de la frase «á Berlín», asegurándonos que el único pecado de los franceses había sido tratar de ir como las brujas, en machos de escoba sobre sus enemigos; acertaba, no obstante, instruyéndonos por la filosofía que ofrece un pueblo orgulloso de sus

tradiciones, de su valor legendario, de sus glorias épicas, que duerme tranquilo á la sombra de sus héroes, y que al despertar sólo encuentra las ruinas de tanta grandeza como se hunde en el polvo de su desventura; de un pueblo que hace hincapié en su indignación y se agarra con fuerza á los hilos invisibles del Progreso para redimir las culpas de su abandono y de su ignorancia.

De todos estos párrafos brillantes que tenía en su hueca oratoria Lugo, sacábamos nosotros grandes motivos de admiración á París. No es raro, de consiguiente, que nos sugestionara Antonio Soler, quien traía en sus zapatos el polvo de la gran ciudad, y mucho menos que consiguiese atraerse á niños y grandullones para organizar un formidable ejército y adiestrarlo en los combates de pedreas, que acababa de renovar, como he dicho, el paso de los carlistas. Yo tampoco escapé del peligro y me vi atacado de ardor y de fiebre. Por la noche de aquel día en que tomé, Cortul, valiéndose de mis consejos, el fortín, anduve tan desvelado que no vine á dormirme sino de madrugada, y el caer en el sueño fué caer en las más disparatadas imaginaciones; pasaron por mi cerebro ideas relampagueantes de furiosas luchas. Desperté muy temprano y vi transcurrir con insana impaciencia las horas que faltaban para mi presentación en el campamento.

A las tres de la tarde estábamos reunidos en el café de la Industria Cortul, el ayudante del general, Medina y yo. Antonio Soler nos esperaba á las cuatro, y fuimos puntuales.

A la falda del castillo, por el lado oeste hay unas rocas que son el declive de la montaña donde los moros edificaron la fortificación. El terreno descendiendo luego gradualmente hacia el mar, no sin que haya una altura considerable que salvan un amplio camino y estrechos senderos de atajo, desde aquel sitio al llano. Admiré la elección del general para establecer su campamento. Todos los puntos estratégicos estaban guardados por vigías, y en los más peligrosos las guardias eran dobles ó había retenes. La tienda del general se hallaba en el fondo, en un horno de cal abandonado. La presentación fué ceremoniosa. Antonio Soler vestía americana cruzada, y guante blanco; debajo del chaleco asomaba un fajín rojo, con lazo y franja. Yo llevaba guante negro, á que tenía mucha afición entonces.

—Ya tengo noticia—dijo Soler—de tus proezas.

—General, repuse, la cosa era bien sencilla.

—Veo, añadió, que además de ser valiente amas la independencia.



Linda dama.

—Fué contra mí, que no pertenecía á tu ejército, y te ruego que le indultes.

El general sonrió.

—Concedido. A tí te nombro coronel: gobernarás el castillo. A hora que formen todas las guerrillas con sus capitanes, y entre tanto, solemnizaremos tu entrada tomando unas copas de cognac. ¿Bebes?

—Muy poco.

Me alegre. La sobriedad es la virtud más recomendable de mis soldados.

El ayudante salió á cumplimentar las órdenes, y poco después un redoble de tambor saludó nuestra presencia ante las tropas.

Constituían aquel singular y curioso ejército



— Me ha preguntado él si me ruboriza un beso.

—Mucho; pero ¿por qué dices eso?
—Porque apeas el tratamiento.
—Yo no soy soldado, no estoy en tus guerrillas.

—¿Quieres entrar en ellas?

—Probaremos.

—Bien, venga esa mano en signo de amistad y reconocimiento, y ahora dí qué dispones que se haga de Medina.

—Medina, repuse, merece el grado de comandante que ofreciste al capitán que defendiera con tesón sus posiciones. Luchó más de lo que en realidad podía.

—Se le nombrará comandante y á Cortul teniente coronel; pero desobedeció mis órdenes continuando la lucha, después de la voz de alto.



— ¡Y á mí qué!

seis guerrillas, fuertes de veinticinco hombres cada una, con el plus del capitán que las mandaba, un sargento y un cabo; éstos con insignias como en los ejércitos regulares; los capitanes lucían en la cintura faja blanca.

Antonio Soler mandó salir de filas á Cortul y Medina y el ayudante puso al primero una estrella dorada en la bocamanga derecha y al segundo una blanca; á mí me entregó el mismo general un fajín azul, regalo suyo, y anunciando que las vacantes de capitán se proveerían en un simulacro, que dirigiría yo, puesto que me destinaba dos guerrillas, hizo que fueran desfilando para reconocerme todos los capitanes con su tropa.

El simulacro en cuestión debía verificarse al día siguiente, pero no fué preciso aguardar tanto, porque de allí á poco tuvimos que reñir batalla campal contra unos intrusos que se apedreaban en la llanura, uno de cuyos bandos quería ganar á toda costa el declive.

La primer pedrea y los sucesos que se siguieron merecen capítulo aparte.

CLAK

Jueguen ustedes

Pues, señor, que para mí era hasta hace poco una delicia el verano.

A las primeras de cambio, es decir, en la primera quincena de Julio, ya me tenían ustedes de viaje. A la playa, al fresco, y sobre todo, á puntos donde pudiera todo ciudadano ir en calzoncillos, si lo tenía por conveniente, y sin faltar á la Constitución.

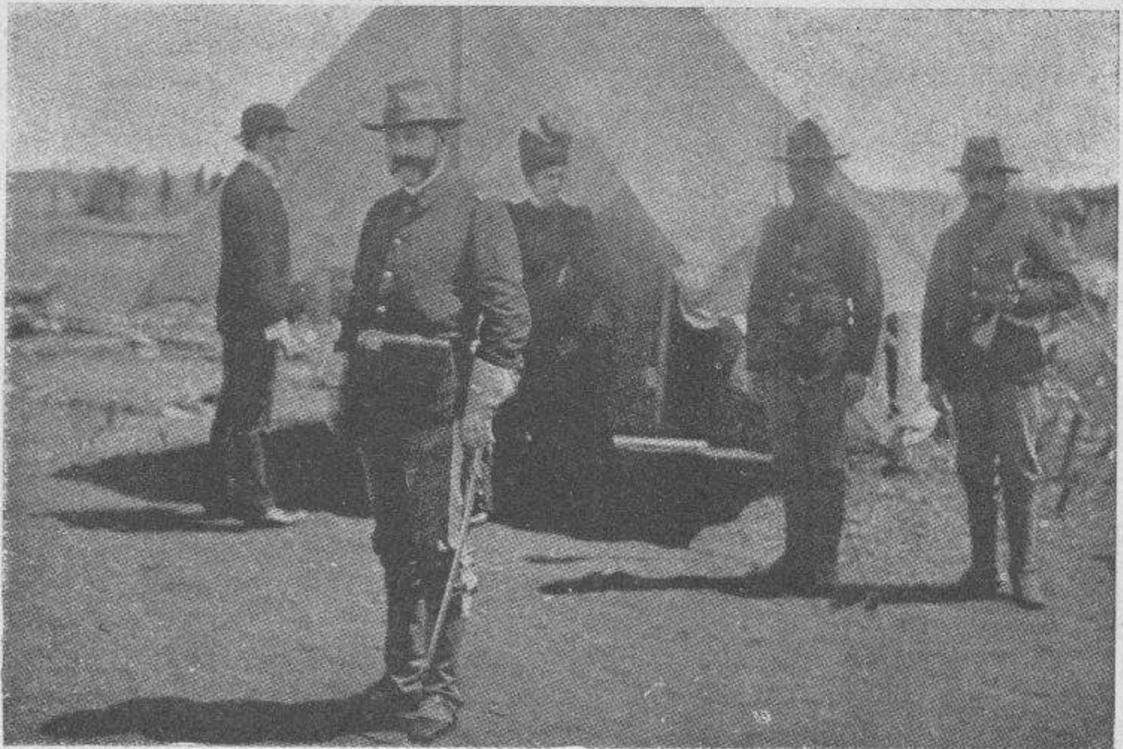
Me divertía solo, pero me divertía. Tomaba dos baños, y los llegué á prolongar de manera que, al final de la temporada, veíame perplejo y confuso, temeroso de haber *transmigrado*, ó sea, con la duda de si era *anfibio*, ó nó.

Claro que llegué á nadar como un pez.

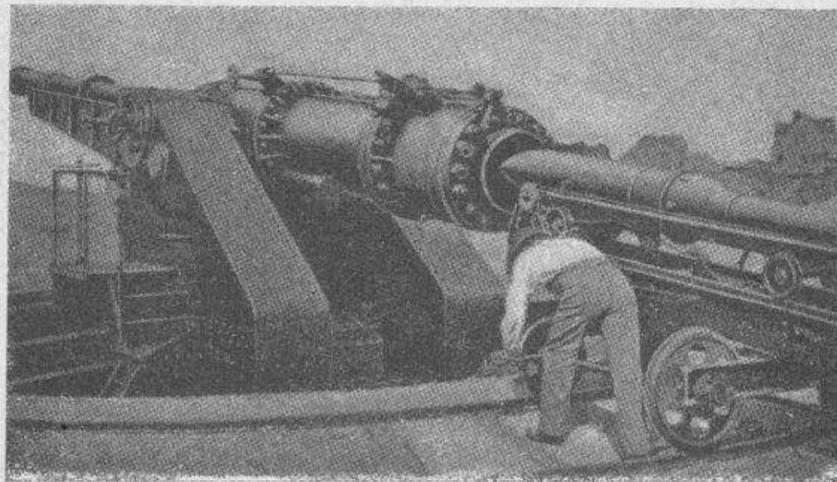
Y ahí tienen ustedes lo que me perdió: bien dijo el gran filósofo Córcoles que todos los extremos son viciosos. Explicaré la cosa.

Me tentó el demonio un año y fui á San Sebastián.

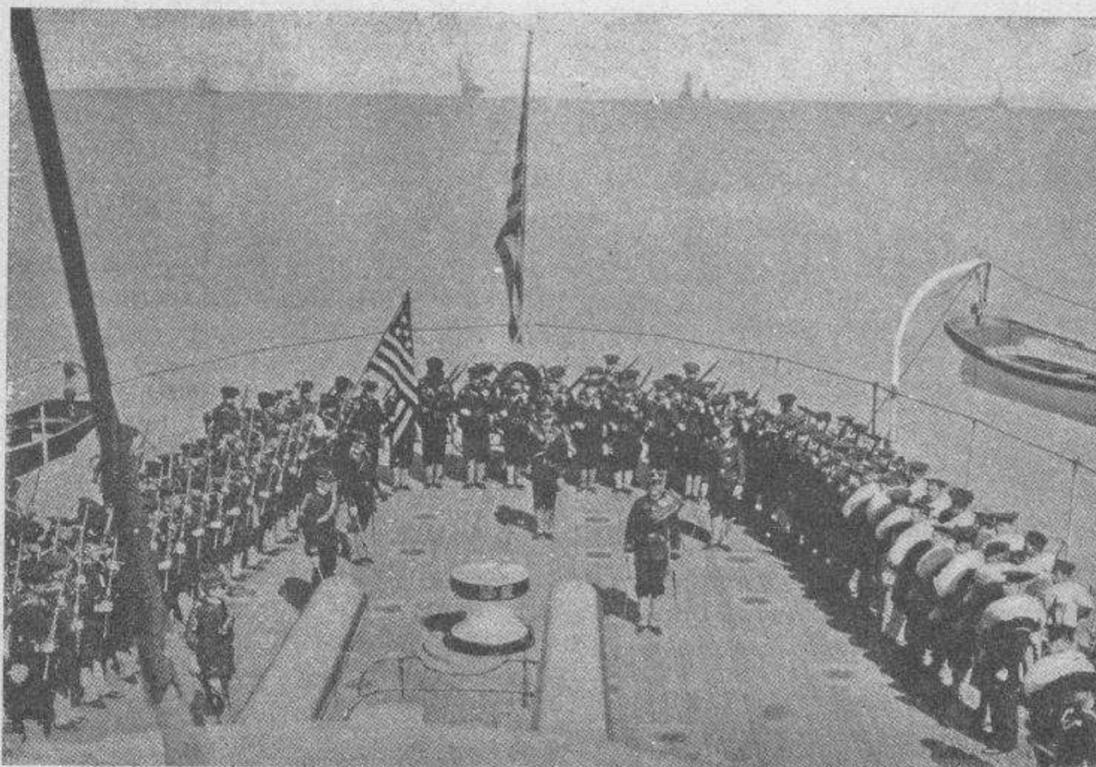
Como el mundo es uno de los enemigos del alma, según el P. Astete, perdí yo mi inocencia. No hay que alarmarse. La pérdida consistió en que no pude andar en paños menores, ni descalzo, ni con sombrero de paja burda, ni sucia la camisa.... Sufrí la tiranía del cuello, la de las botas... y peor aún, la de las mujeres.



Coronel Fred D. Grant, mandando el regimiento 16.º de voluntarios de Nueva York.



Ejercicios de tiro.



Ejercicios en el monitor *Monadnock*, durante la travesía á Filipinas.

¿Qué digo de las mujeres? Fué el caso singular.

Una mujer fué la causa... de mi pérdida, y al año siguiente tuve que estirar (haciendo las más raras combinaciones) el presupuesto para caer sobre Biarritz.

¡Ella iba también! Creo que si se le ocurre ir al Polo, no me quedo atrás, y eso que, sin saber la causa, me horroizan los osos blancos, aunque los vea en pintura.

Pero veamos quien es el guapo que resiste. La muchacha, advertida de que yo era todo un maestro en ejercicios de natación, quiso recibir lecciones.

Y con tan plausible motivo, tomábamos el baño juntos.

El aprendizaje empezó en San Sebastián, y fué aplazado para la playa francesa, porque nos conocimos á lo último de la temporada, cuando ya habían echado á volar casi todos los bañistas hacia sus nidos de invierno.

Pues bien: una tarde en Biarritz, cuando ya la dama hacía pinitos y se soltaba sola á nadar, perdió el juicio: ó no tuvo serenidad bastante, ó trató de jugarme una partida serrana (porque yo era muy tímido y no pasaba de mi modesta condición de maestro); el caso es que dijo que se ahogaba y me

NUESTROS ENEMIGOS



Preparados para la marcha.

echó sus brazos al cuello; con lo cual me vi á dos dedos de la muerte. Sacáronme punto menos que asfixiado, y tuve que guardar cama; tan grande fué el susto.

Excuso decir que abandoné el campo y no quise más bromas con mi amiga.

Hice promesa formal de no volver á los juegos con las ondas... ni con las mujeres, y así este año no he salido de casa: en un rincón veo la maleta muriéndose de risa.

Pero miren ustedes si soy desgraciado, que precisamente este verano que no me ahoga el agua me está ahogando el calor.

¡Cuarenta y seis grados á la sombra!

CARLOS CORTINA

Cuento

Encerrados estaban en prisiones contiguas dos ladrones lugareños que habían robado á un comerciante. El más despejado y machucho, había retenido para sí una soberbia yegua, mientras el otro ladrón, que era de bien cortos alcances, se había contentado con una escopeta de dos cañones. La declaración del primero se oía perfectamente desde la prisión del segundo, no sólo por la proximidad, sino porque levantaba la voz el declarante para que su compañero aprendiera á defenderse. He aquí en extracto su declaración:

—¿De quién es la yegua que se ha encontrado en su poder?

—Mía.

—¿A quién la ha comprado usted?

—A nadie.

—¿Quién se la ha regalado?

—Ninguno.

—Entonces, ¿cómo explica usted esa propiedad y dominio que tiene sobre ella?

—Yo le diré á usía, señor juez: hace tres años que al volver de la feria la encontré en un bosque recién nacida, abandonada y medio muerta, la

recogí y la he criado en mi casa hasta que se ha hecho yegua.

—¡Qué despejado es mi compañero! — dijo el de la escopeta. — Nó, pues yo no he de ser menos que él.

El juez, después de firmar el preso la declaración, se trasladó al aposento contiguo.

—¿De quién es la escopeta encontrada en su poder? — preguntó al otro preso.

—Toma, ¿de quién ha de ser? mía.

—Y eso, ¿cómo puede ser?

—Siendo.

—¿A quién la ha comprado usted?

—A nadie.

—¿Quién se la ha regalado?

—Ninguno.

—Vamos, explíquese usted; diga cómo la ha adquirido.

—Yo le diré á usía: volviendo de la feria, me la encontré pequeñita, recién nacida... una pistolilla, un cachorrillo, así como el dedo meñique, y á fuerza de cuidados, la he ido criando, criando, hasta que se ha hecho escopeta de dos cañones.

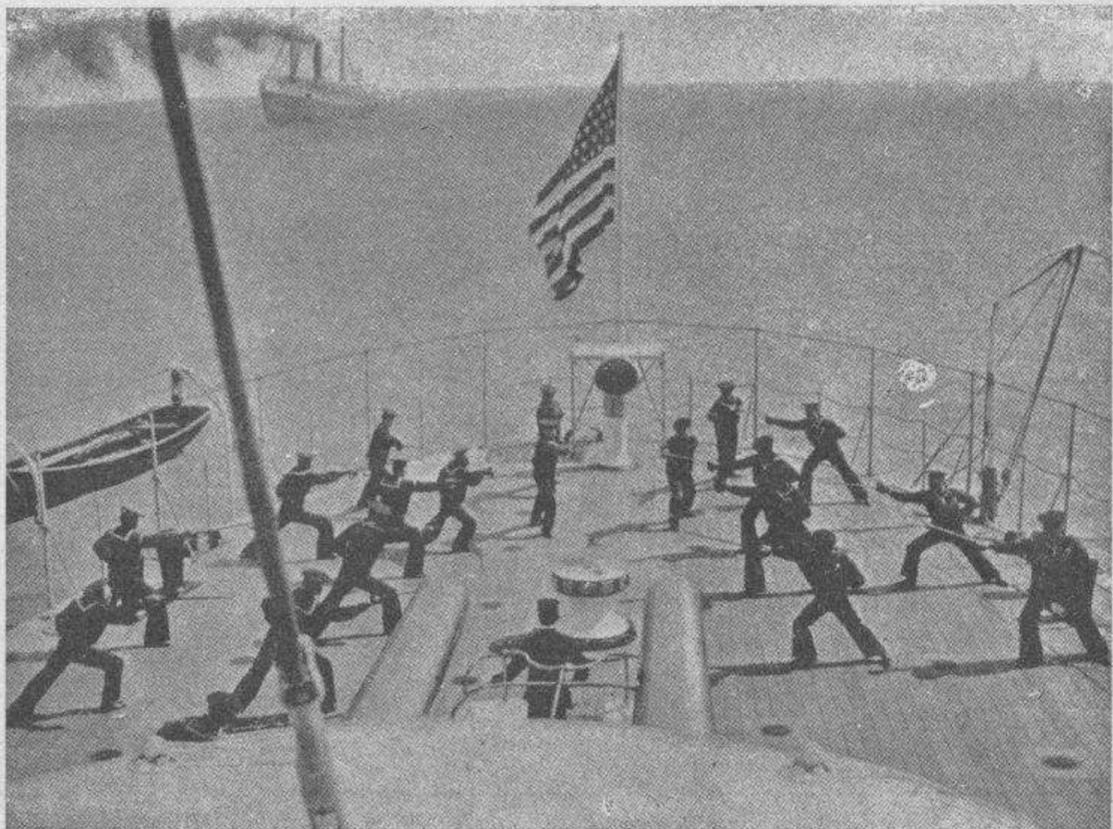
☆☆

¿Cómo quieres que me ría?
te está besando tu madre
y no sé quién fué la mía...

J. ENRIQUE DOTRES

Cuentas galanas

Encorizada sacaron,
una vez á una hechicera,
y después para soltarla
le pusieron en la cuenta:
« Del papel de la coraza,
tanto; tanto para ella
del engrudo; de pintarla
tanto, y tanto de coserla. »
Viendo lo que había costado
— dénmela — dijo la vieja —
para otra vez: que no están
los tiempos para que pueda
echar una viuda honrada,
coroza cada vez nueva.



Ejercicios de espada, durante la travesía á Filipinas



— Me ha jurado Enrique que su amor es como el mar, inmenso...
— Ten cuidado, que el mar tiene sus peligros; entre otros el del reuma, por lo húmedo.



Equilibrios.

Concha Canto y Pepe Cal
casaron en Castellón,
y tuvo un hijo Asunción
al que llamaron Pascual.
Me dijo:—Créeme, Crisanto,
(hablándome de él Mejía),
yo al chico ya lo querría,
no siendo de *Cal y Canto*.

—
Es un chico que *promete*
el hijo de don Gaspar:
que promete, no lo dudo,
pero que pague, jamás....

—
—¿Cual de los tres ejercicios
quiere que toque, don Pablo?—
le dijo ayer Teresita
á su profesor de piano;
y él, con el aire resuelto
le contestó así, en el acto:
—Como yo no tengo prisa,
de los tres toque el más largo...

—
Díjole Pedro Escamilla
á su hijo Timoteo:
—Eres muy bruto.—Lo creo;
de tal palo, tal astilla.

—
Ayer le dijo Torcuato
á su hijo Pepe Alar:
—Bueno, te dejo bañar
mas si te ahogas, te mato...

—
El chalán Joaquín Herrera
ayer tarde se quejaba,
de que potro que compraba
la herradura le cayera.
—No te quejes de tus potros,...
dos amigos que le oyeron
resignados le dijeron:
— Que igual nos pasa á *nosotros*...

—
—El teatro me molesta,
nos dijo doña Asunción,
no me divierte esa fiesta;
prefiero cualquier reunión.
Lo he probado y es exacto:
al entrar me causa tedio.
—¿Y se aburre usted en el acto..?
—Igual que en el intermedio ..

MORENO



¿Saben amar los hombres?

¿A que no aciertan ustedes quién pregunta eso?

Una señorita.

Ayer me entregaron su carta con el correspondiente sello de guerra.

De modo que es legal.

La señorita en cuestión asegura, por su parte, que no es *apócrifa*.

La carta ¿eh?

Y que está escrita por su propia mano y con el discurso de su propio entendimiento.

De escrituras no me fío yo, porque en este país están de más los *grafomanos*: tan mal y con tantas faltas de ortografía escriben los hombres como las mujeres.

Yo tengo una *chica*, pobre al parecer, auténtica de Aragón, que hace la letra más seguida y clara que cualquier novelista por entregas. Me la apuesto á discurrir con sentido. Monda las palabras como las patatas, pero no inventa vocablos. Tampoco habla de lo que no entiende.

Volviendo á la señorita de la consulta, pareceme singular capricho el suyo.

¿Saben amar los hombres?

Que yo lo preguntara á una mujer, bueno; que la mujer se lo pregunte á un hombre resulta, ó sobra de inocencia, ó sobra de picardía.

Sólo ellas pueden decir si sabemos ó no sabemos amar.

Nosotros, ¿qué vamos á decir? Por vanidad, por orgullo, por galantería responderemos en todo caso afirmativamente.

Además, hay que hacer distingos.

Según se trate de mozos, de cristianos y de yankees.

Según el hombre sea músico, poeta ó amolador.

Según y cómo se entienda eso de amar á las mujeres.

En fin, la consulta es difícil y yo me declaro *indocto* para evacuarla.

Hay dos seres afortunados que podrían contestar ampliamente: Don Carlos y la princesa Caramay-Chimai.

Eso en Europa, que en Africa y Asia hay muchos sultanes, bajáes, reyezuelos y caciques que no sólo tienen voz, sinó voto.

¡Pero qué voto! De calidad.

Ahora, si la señorita que me escribe habla en serio, y prescinde del fenómeno pasional para elevarse á regiones más altas y especulativas, le diré que, según mi leal entender, los hombres (por lo menos los de España) no saben amar. El que no esté conforme que levante el dedo: curioso sería oír el juicio de algunos. Digo que no saben amar á esas criaturas adorables, tiernas, delicadas y graciosas.

Porque hablando en serio, el amor de que se trata no puede reducirse á una simple galantería, más ó menos prolongada.

Es decir, que dure un soplo ó que se complete por medio de signos y contratos convencionales.

Nó, no puede ser que para discutir el amor se le confunda con ese estado en que á la mayor parte de los hombres les parecen todas las mujeres dignas de una declaración amorosa.

Sabrán en ese caso los hombres ser galantes, pero aclaro de una vez (por si alguno de ustedes se descara y me replica) que la galantería no es amor.

Finalmente, si mi anónima amiga no obedece al preguntarme más que á un simple impulso de curiosidad femenil, entonces mejor es que resolvamos la consulta prácticamente.

Hagamos entre los dos la prueba.

CLAUDIO UGENA



Alegoría.



Advertimos á todos los señores que envían cuartillas como original de imprenta y franqueadas con sellitos de $\frac{1}{4}$ de céntimo, que deben dejar el sobre completamente abierto, y no cortado por las puntas.

El referido franqueo es insuficiente para las cartas, y cerradas en la forma que hemos dicho no nos es posible responder de su recibo.



Ya dijimos al señor Administrador de Correos que nos quejábamos con causa y razón, y después de bien apurada la paciencia. Prometimosle también acompañarle algunos datos, y ahí va una de las múltiples cartas que con la misma cantinela recibimos diariamente:

Ateca, 1.º de Agosto de 1898.

MUY SR. MÍO: Verdaderamente indignado, vuelvo á molestarle con mis frecuentes cartas y peticiones. El número de LA SAETA correspondiente al 28 del mes próximo pasado, tampoco lo he recibido, precisamente, el que con más interés esperaba, para ver si en la sección « Correspondencia » contestaban al envío que le hice de aquellos *desahogos* literarios. Es verdaderamente escandaloso lo que me sucede en correos. Cuando recibo el semanario, es sucio y deteriorado, y aun algunas veces, como el paquete último en que me remitía dos ejemplares (el que se me habían comido y el correspondiente á aquella semana) los recibí completamente abiertos y rota la cubierta que ustedes le ponen y atados con bramante. Como, por lo visto, hay alguien que quiere la suscripción *de rositas* y se ha propuesto sin duda dejarme sin un número, que me escriba particularmente, y sin inconveniente, yo le pagaré de mi bolsillo la suscripción al periódico, con tal de que deje que, los destinados á mí, lleguen sin contratiempo alguno. Estoy dispuesto á ello.

Ahora otra súplica. Le ruego encarecidamente que con el próximo número del 4 del actual, me envíe este último que me han *soplado*. Para que no tenga dudas es el señalado con el número 301 correspondiente al 28 de Julio último.

Suplicándole me perdone tanta molestia, tiene el gusto de ofrecerse de usted affmo. S. S.

q. b. s. m.

MARIANO ROMANOS.

Más sustancioso y elocuente no puede ser. ¿De modo, señor Primo de Rivera, que no hay medio de servir y complacer á suscriptores que tienen empeño y gusto en recibir nuestro periódico? Tenemos que valernos forzosamente del Ramo de Correos, que es otro de tantos ramos desgraciados de nuestra pobre nación, y ese ramo que está pagado por el público, no hace nada por servirle.

Porque en Correos no se cumple como Dios manda, los sacrificios de las empresas son inútiles; siempre ha ocurrido en este país, que en vez de facilitar medios á las iniciativas que se desenvuelven para el trabajo y á las industrias, se las ponen trabas arbitrarias é imperdonables. Pero lo que ocurre aquí ya es más vergonzoso. Se pierden paquetes, tardan cartas y periódicos seis ó siete días en llegar á Madrid, cuando la expedición, á paso de carreta y todo, se hace en veinticuatro horas, y así sucesivamente.

Pues bien, nosotros creemos que no es difícil remediar todo ese daño, y otro día insistiremos sobre este punto contando las verdades del barquero. Nos hemos quejado en todos los tonos, desde el de ruego hasta el de protesta, y ya que otra cosa no consigamos, publicando las cartas, demostraremos á nuestros favorecedores que la administración de LA SAETA cumple puntual y honradamente sus compromisos.



Amorosa

Á LOLA

Eres cual delicada,
sencilla rosa,
que embalsama los campos
con grato aroma;
eres inimitable,
bien puede estar contenta
tu noble madre.

Miran tiernos y alegres
tus ojos bellos,
en ti un enamorado
hallará el cielo;
que no hay, muchacha,
en la extensión del mundo,
más dulce cara.

Por los miles encantos
de tu sonrisa,
los ángeles hermosos
te envidiarían.
Todos te adoran
y todos se desviven
por tu persona.

A mí no me sorprende
que valgas tanto,
porque sé que tu madre
en su regazo,
te acarició mil veces,
y por eso sin duda
como ella eres.

V. INPLESA

— ¡Para que veas lo que son los públicos! Tú sabes las temporadas que hemos hecho aquí.
 ¡Oh! ¡Magníficas! ¡Ya lo creo!
 — Bueno. Pues vamos á Zaragoza y pongo *El Sitio de Gerona* y *Juan José...* y nos dejaron en El Sitio. No quedó una alma en el teatro.



Porque nació en pobre cuna,
 no me desprecies hermosa,
 no olvides que de un gusano
 se forma la mariposa.

F. CUENCA PL.



CHARADA

Dos tercera en el Comercio,
prima tres, sinceridad
 y el *todo* es muy abundante
 en toda la humanidad.

LUÍS LÓPEZ DE LOME.



Logogrifo numérico

1 2 3 4 5 6 7 8 9 0	—	Nombre de Mujer
9 4 6 7 9 4 5 7 0	—	» » »
5 0 7 3 2 8 9 0	—	» » »
0 9 5 7 0 8 0	—	» » »
0 8 9 5 4 0	—	» » »
3 0 5 7 0	—	» » »
7 8 4 6	—	» » »
0 8 0	—	» » »
5 4	—	Nota musical
8	—	Consonante
3 7	—	Nota musical
2 8 0	—	Impar
6 7 5 0	—	Nombre de Mujer
3 0 2 5 0	—	» » »
1 4 8 0 5 0	—	» » »
4 2 1 4 8 7 0	—	» » »
4 8 4 3 4 6 7 0	—	» » »
6 7 6 4 8 0 8 9 0	—	» » »
6 4 1 7 6 3 2 8 9 0	—	» » »

VICENTE M. FUSTÉ.



Cuadrado

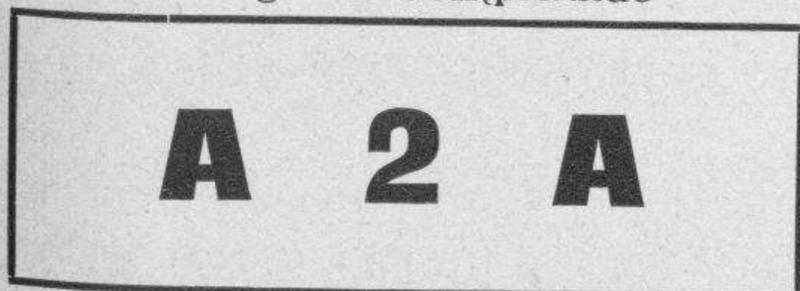
.
.
.
.
.
.

Substituir los puntos por letras, de forma que se lea vertical y horizontalmente: 1.^a, adjetivo; 2.^a, verbo; 3.^a, ansiedad por hacer algo; 4.^a, interjección; 5.^a, en geometría y 6.^a, en adorno.

K. MARÁ.



Jeroglífico Comprimido



A. SÁNCHEZ CARRERE.



Soluciones á lo insertado en el número anterior.

CHARADAS: Carpeta. — Esponja.

JEROGLÍFICO COMPRIMIDO:

Después de todo, la cosa no tiene nada de particular.

Correspondencia

A. G. — Madrid. — Recibí los dos paisajes. Gracias por los elogios. Efectivamente, el **mal servicio de correos**, que no puede ser peor, es la causa de que usted reciba el número que depositamos nosotros los miércoles, el lunes ó martes de la semana siguiente. Y menos mal que los reciba, pues á pesar de nuestros ruegos, de nuestras quejas y de nuestras protestas, no pueden contarse los periódicos que se extravían. Seguimos haciendo, sin embargo, todo lo posible para corregir el abuso.

M. A. — Llegó tarde para lo de verano; no obstante, ya con la misma intención reservé el otro que usted habrá visto. No extrañe usted el silencio. Fué que me propuse contestarle particularmente, que bien merecido se lo tiene usted ya, y no me ha sido posible hasta ahora, porque usted no sabe lo atareado que me veo. Teniendo, como usted tiene, la fortuna de vernear, siga favoreciéndome como guste, por supuesto con la libertad que yo siempre me reservo; y entre tanto, tan pronto como tenga ocasión, recibirá carta mía. Y usted perdone.

J. M. S. y M. — Veremos, sin responder cuándo.

Sin Ver-g... — No doy beligerancia á los pseudónimos... ni á los nombres fingidos. Dentro de poco exigiré hasta la cédula personal. El cuento *no me parece tan malo como es*, con algunas correcciones, pero necesita garantías.

J. R. de F. — Algo, no todo... y como bocadillos.

Su seudónimo. — Y á más de esa firma esta otra, *El poeta de la boina*. Nada, advierto á todos formalmente, que como no se firme como Dios manda, no me molestaré en leer las composiciones, y serán condenados los escritos sumarísimamente, sin formación de causa. ¡Pues hombre!

R. V. P. — Aplique usted sus dotes de versificador, que no son del todo malas, á cuentos más graciosos, y más limpios... y me parece que se podrá emplear algo.

Currinche. — Vaya, me voy á enfadar formalmente. La condescendencia y la amabilidad tiene sus límites. O no se enteran ustedes de que LA SAETA es un periódico que ama el arte, ni leen su texto, ó es que les falta sentido común. Creo lo último para que se atrevan á enviarme (escribiendo bien) epigramas necios, cuentos insubstanciales, por lo indecentes, y otras cosas así.

Asno. — Aunque parezca mentira, los cambios han influido en el precio de la alfalfa, y no puedo mantenerle á usted.

X. X. — Muy flojos, demasiado flojos ¡ay! Y sobre eso, las rimas, ¿qué quiere usted? las rimas las ha escrito muy bien Becquer.

Teodoro. — También á usted le da por los suspirillos germánicos ¡y ha llovido desde que Núñez de Arce concluyó con todos ellos!

Lo que pasa es que á ustedes se les ocurre escribir sin inspiración, sin sentir hondo... y sin leer, ó sin enterarse de lo que les interesa.

N. T. — Se le manda el periódico. Le ruego que se esmere en sus envíos; el de ahora es largo y pobre. Usted sabe hacerlo mejor, según he visto. Gracias.

J. B. — Aun tengo una amorosa en cartera. Lo de esta semana no sirve. Las orientales pertenecen ya á la edad de piedra del romanticismo cursi y de la sátira tonta.

A. S. — Te escribo esta misma semana.

Y conste que quedan muchas, pero muchas cartas por contestar. Me falta espacio y no me gusta pecar de ligero en el examen.

Prohibida la reproducción de los originales de este número.

Inofensivo, suprime el Copáiba, la Cubeba y las inyecciones. Cura los flujos en



48 HORAS

Muy eficaz en las enfermedades de la vejiga: Cistitis del cuello, Catarro de la vejiga, Hematuria. Cada Capsula lleva el nombre



PARIS, 8, rue Violente, y en las principales Farmacias.

LA SAETA

Semanario ilustrado

Toda la correspondencia al administrador D. PEDRO MOTILBA

Rambla del Centro, kiosco número 3

◆ PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ◆

España y Portugal, semestre.	6 pesetas.
Año.	11 »
Extranjero y ultramar, un año.	17 »
Número corriente, 20 céntimos.	
Número atrasado, 30 céntimos.	

No se admiten suscripciones por menos de seis meses. Las suscripciones empiezan el primero de cada mes. — Pago adelantado.

CUPON PRIMA

Regalo á los compradores de LA SAETA

Presentando este Cupón en el kiosco número 3 de la Rambla del Centro, se entregará al portador por **DOS REALES** la celebradísima y renombrada comedia en 3 actos y en verso, de D. Ceferino Palencia

== CARRERA DE OBSTACULOS ==

una de las que más ha contribuído á cimentar la fama de su autor.

Con este mismo Cupón, y abonando **DOS REALES** más, tendrá derecho el portador á adquirir el drama en 3 actos y en prosa de D. Marcial Morano

== EL MAYOR CASTIGO ==

que tan celebrado fué por el público y la crítica cuando se estrenó en el teatro Principal.

Asimismo se entregarán por el citado precio de media peseta cada una, **SOR TERESA ó EL CLAUSTRO Y EL MUNDO y LA VIDA ES SUEÑO.**



20 cénts.

Núm. 406

